



NUEVO Y CURIOSO ROMANCE, EN EL CUAL SE
declara los prodigiosos milagros que en la ciudad de Lisboa ha obra-
do el glorioso San Antonio de Padua, con un Caballero y una Señora,
devotos suyos. Con todo lo demás que verá
el curioso lector.

DE DON JUAN DE LARA.

Al soberano Jesus
 suplico me dé su gracia,
 y á la Reyna de los ciclos
 Madre de Dios soberana,
 aurora del cielo empíreo,
 de Belen paloma sacra,
 tambien la suplico y ruego,
 que me ampare con su gracia,
 con tan buena protectora
 no me puede faltar nada.
 Rompa mi voz el silencio
 hasta la esfera mas alta,
 para publicar grandezas,
 de San Antonio de Padua;
 por ser de tan alto empleo
 merecen ser celebradas.
 Para que todos lo sepan
 en Portugal y en España,
 á mi auditorio le pido
 una atencion cortesana,

para oir de San Antonio
 milagros con dicha tanta.
 En la ciudad de Lisboa
 por todo el mundo nombrada,
 por lo fértil y abundante
 el mismo cielo la guarda.
 En tierra de Portugal,
 de la gente lusitana,
 hermoso jardin de flores
 que reparte su fragancia.
 En esta noble ciudad
 reside Don Juan de Lara,
 caballero noble y rico,
 de ilustre sangre é hidalga,
 estimado de los nobles
 por su bizzarria y gala,
 muy amante de los pobres,
 cortesano entre las damas:
 gozaba de los favores
 de su esposa Doña Laura,

que en belleza y hermosura
solo Dios pudo pintarla.
Son devotos en extremo
de San Antonio de Padua:
tiene la divina imagen
hecha de una fina talla,
y una lámpara encendida,
que dia y noche alumbraba:
y en sus católicos pechos
llevan la divina estampa.
Es verdad que la fortuna
nunca puede estar parada,
y á muchos hombres le sigue
la rueda de la desgracia,
dando principio á pesares
su largo curso no para.
De la gran ciudad de Muro
tuvo Don Juan una carta,
como su padre está enfermo,
y en grande peligro se halla.
Recibió la triste nueva,
y por no publicar nada,
la pena y el sentimiento
en su corazon la guarda.
La dió á su prenda noticia
de todo lo que le pasa,
y disponiendo su viage
dexó su querida patria:
Se despidió de su esposa,
prenda que tanto estimaba,
y fue á la ciudad de Muro,
con dos pages en compañía,
hallando á su amado padre
metido en mortales ansias,
y al cabo de pocos dias
rindió la vida á la parca,
quedando el cuerpo cadaver,
Dios le perdone su alma.
Allí estuvo nueve meses
en negocios de importancia,
y al cabo de aqueste tiempo

volvió á su querida patria,
y juzgando hallar consuelo,
fue la pena mas doblada,
pues halló á su esposa en cinta,
y del parto muy cercanas;
y discurrendo don Juan,
que su esposa era libiana,
fue ella á tomar los brazos,
que mucho lo deseaba;
mas don Juan lleno de celos
le pegó una bofetada,
diciéndola: vil traydora,
tu discurso dónde para?
Tú has intentado atrevida
el manchar mi honor y fama,
y te he de quitar la vida,
pues lo requiere tu infamia.
Se retiró la señora
en lágrimas anegada,
sin poderle dar disculpa,
aunque ella no era culpada:
mas Dios que todo lo sabe
puso el rigor en templanza.
Se sosegó el caballero,
diciendo aquestas palabras:
el niño ó niña que tiene
en el vientre esta tirana,
si yo le quito la vida,
es quitarle á Dios un alma,
y Dios ha de castigarme:
yo he de aguardar á que pára,
No se pasaron dos dias
quando la hora fue llegada
año de mil setecientos
quarenta y quatro: que declara
á los ocho de Febrero
amaneció con luz clara
sobre los montes vecinos,
el sol, que rayos dispara,
se levantó la señora
afligida y angustiada,

con los dolores del parto,
y con su muerte cercana:
mas incóse de rodillas
llorando con muchas ansias
delante de un Crucifixo,
diciendo aquestas palabras:
Señor mio Jesucristo,
que por redimir las almas
en esa cruz os pusieron,
del cielo llave y escala;
bien sabes, padre amoroso,
que de esto no debo nada.
No temo, Señor, mi muerte,
mi dolor es su tardanza;
el mayor dolor que siento,
que me abrasa toda el alma,
es solo ser vos quien sois,
y haberte ofendido ingrata.
Misericordia, Señor,
que no se pierda mi alma.
Y á vos, Antonio divino,
mucho vale vuestra gracia,
el soberano Jesus
jamás te ha negado nada:
hoy te nombro mi abogado
de mi crédito y mi fama,
y el honor de mi marido,
esta verdad declararla.
Parió en esto un tierno infante,
que al sol los rayos embarga,
con letras siete en la frente,
que prodigiosas declaran,
diciendo: yo soy Antonio,
nadie ponga repugnancia.
Recogió la madre al niño,
y acostándose en la cama,
le miraba y le decia:
hijo mio de mi alma,
hoy habeis venido al mundo
en brazos de la desgracia.
Entró á este tiempo Don Juan,

y con intencion dañada,
desembaynando el acero
abrió los brazos la dama,
y le entrega el blanco pecho
al brazo que le dispara.
Recibió el ingrato golpe
en la milagrosa estampa
del bendito San Antonio
que la defiende y la ampara,
como si diera en un bronce
se hizo pedazos la daga.
A este tiempo San Antonio
entró por la misma sala,
vestido de religioso
de la órden Franciscana:
aun turbado Don Juan
de aquesta suerte le habla:
mucho estraño, Padre mio,
que esta visita se me haga.
Dióle al punto por respuesta
con estas santas palabras:
no lo estrañeis, caballero;
desde mi primera infancia
he tenido devocion,
y á Dios le dí la palabra
de visitar los enfermos,
esta razon es la causa;
supe como esta señora
en grande peligro estaba,
y con dolores de parto,
y he venido á visitarla,
rogándole á Dios por ella
que la conserve en su gracia.
Alegróse la señora,
y alegremente escuchaba,
que el corazon le decia
que aquel era San Antonio,
que venia á visitarla.
El Santo la pidió el niño,
la señora se lo daba,
y recibéndolo en brazos,

cariñosamente le habla:
Dios te guarde, hermoso niño,
y te libre de desgracias.
Baxo de santa obediencia
no me habeis de negar nada.
Pregunto, quién es tu padre?
esta verdad declararla.
Abrió los hermosos labios
el niño, y respuesta daba:
Es mi regalado padre
el señor Don Juan de Lara;
mi madre ya lo sabeis,
que se llama Doña Laura.
Esto que oyó el caballero
de puro gozo lloraba,
y arrojándose á los pies
del Santo, besó sus plantas;
San Antonio se despide
dexando victoria y palma
contra el maldito demonio
que pretendió derribarla.
Dió el milagro tal ruido,
que la ciudad alborotada,
es la casa un jubileo
de caballeros y damas,
que al ver al hermoso niño
arrodillados quedaban:
tuvo el Señor Arzobispo
noticias de lo que pasa,
envió á pedir el niño,
y al ver maravilla tanta,
ofreció ser su padrino.
Bautizólo, y con la gracia
de Dios todopoderoso,
le puso Antonio de Padua.
El devoto caballero
cuidadoso se empeñaba:
fue al seráfico Francisco,
y al Guardian le suplicaba
que le hagan procesion

á San Antonio de Padua.
El prelado obedeció,
y el caballero le daba
para ayuda de la fiesta
seis mil ducados en plata:
vistió veinte y cuatro pobres,
y á todos con abundancia
les dió muy bien de comer
tres dias á mesa franca.
Iba en la tal procesion
con músicas concertadas
el clero de las parroquias
que en esta ciudad se halla.
Querer contar las grandezas,
fuera la pluma cansarla:
la pleve y los caballeros
cada uno procuraba
el querer sobresalir
la devocion remontada
de San Antonio divino,
siendo hijo de la patria.
Es la ciudad un jubileo,
todas las calles colgadas
de damascos, terciopelos,
y muchas telas de plata,
prevenidos nueve altares,
le hicieron nueve paradas,
hasta el Señor Arzobispo
le dixo el sermon de gracias.
La imágen de San Antonio
es clavel con tanta gracia,
que baxa del mismo cielo
repartiendo su fragancia.
Y aquí el humilde Poeta
al auditorio discreto
pide perdon de sus faltas;
y si hay falta en el Poeta,
en San Antonio no hay falta.
Viva el Señor San Antonio,
pues que tanto nos ampara.

F I N.

Valencia: Imprenta de Laborda, calle de la Bolseria, núm. 18.